

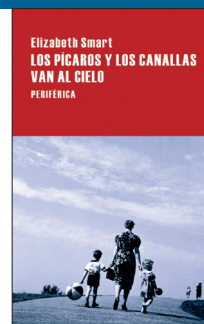
“Dinero gratis”
Carlo Padial
LIBROS DEL SILENCIO

Dinero. Mendigos. Calvicie. Paranoia. Lucha desigual, enemigos invisibles. Nihilismo. Masturbación. Progenitores codiciosos y novias vengativas. Starbucks. Profesión. Éxito. Debilidad. Ser nadie. Ser alguien. ¿Desorientación? Presión, mucha presión. No sé si el resquemor de Carlo Padial para fabricar este libro era desarrollar una teoría transversal sobre el hombre (masculino) contemporáneo (treintañero, probablemente), porque así son todos o casi todos sus protagonistas, pero en verdad poco nos importa. Hay de eso: protagonistas disfuncionales, paranoicos, aquejados de todo tipo de dolencias, perseguidos por múltiples hostilidades, obsesionados por el éxito de los demás, el enfrentamiento a cosas tan inabarcables como la noción de ‘cultura’. Aparecen sin cesar secundarios apremiando, castigando, pero en realidad son relatos de soledad. No faltarán los que hablen de ‘surrealismo’ o Gómez de la Serna a la lectura de los cuentos de “Dinero gratis”. Hay humor, sí, corrosivo y absurdo como puede ser cualquier lectura de los tiempos que corren. Pero creo firmemente que se trata de otra cosa, que el fenómeno en el que se ceba Padial es el del solitario, incomunicado, verborreico, psicoanalizado inútilmente e incapaz hombre contemporáneo que tenemos todos y todas al otro lado de la cama y debajo del jersey. Donde ni siquiera Woody Allen tiene nada que decir, Harvey Pekar puede toser y Wes Anderson sentarse a su lado. Vengan a este libro los que no saben cuán pilánimes son sus vidas. **Carolina León**



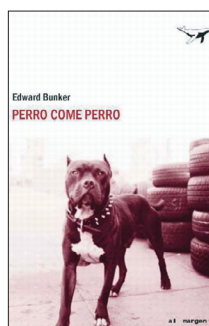
“Los Once”
Pierre Michon
ANAGRAMA

La brevedad y la densidad son algunas de las características de la obra de Pierre Michon, que es considerado uno de los puntales de la literatura francesa actual y alabado por público y crítica (este libro fue galardonado con el Gran Premio de Novela de la Academia Francesa). Adentrarse en “Los Once” es adentrarse en un episodio clave de la historia de Francia; el punto de partida de esta narración es la contemplación de un cuadro realizado por François-Elie Corentin, en el que retrató a los once miembros del Comité de Salud Pública encabezado por Robespierre, encargado de velar por la seguridad de la Revolución Francesa. Pone en escena el momento del encargo del cuadro. La importancia del acto previo. Y lo hace como en él viene siendo habitual, bajo la forma de un seudo ensayo histórico con pinceladas de biografía que como buen orfebre falsea a su antojo en este trampantojo literario donde se dan la mano realidad y ficción. Michon cuida al máximo el lenguaje, hasta tal punto que en ocasiones un acusado barroquismo nos acaba haciendo perder el norte y nos obliga a resituarnos todavía no acabada la frase; cuestión que potencia con el uso de un tono shakesperiano, oscuro y sombrío. No es la primera vez que el autor se enfrenta al mundo del arte, en “Señores y sirvientes” vio recopilados sus escritos de pintores; en esta ocasión toma el cuadro como excusa para ofrecernos una reflexión sobre las apariencias, sobre la relación del poder y el arte, y sobre el poder catártico de este. **Álex Gil**



“Los pícaros y los canallas van al cielo”
Elizabeth Smart
PERIFÉRICA

“Este es el escenario”, antetítulo Elizabeth Smart en su epílogo literario y vital y el lector no puede más que tomar buen asiento y prepararse por el desasosiego que está por venir. “Ha llegado la hora del arrepentimiento”, señala, para, inclemente, gritarnos que “es la culpa la que sopla gélida al doblar las esquinas con el equinoccio otoñal”. En sólo tres páginas, la canadiense, autora de las más bellas imágenes en torno a lo irrefrenable de la pasión amorosa en su debut “En Grand Central Station me senté y lloré” (Periférica, 2009), permite intuir el estado existencial que brota en esta obra publicada más de treinta años después de aquel inocente compendio dedicado al que fuera el amor de su vida, el también poeta George Baker. Aquí, por el contrario, el verbo se vuelve seco y amargo para narrar el vacío de una entrega no correspondida y recordada tiempo más tarde, una entrega que ha conducido a la nada y que es invocada desde la grisácea cotidianidad de un cuerpo castigado no sólo por actuar con libertad, ajeno a las presiones de los convencionalismos, sino por también ser testigo de cuánta muerte y destrucción es capaz el ser humano. Smart busca en la literatura la redención ante tanta tristeza, pero aparece fatigada, se muestra como una voz que sólo espera rendir cuentas a lo que viene con el fin de los días, consciente de que el precio por ser ella misma ha sido quizás más alto de lo que, ingenua, creía cuando lloraba desconsolada en la concurrida estación neoyorquina. **Arantxa Ruiz**



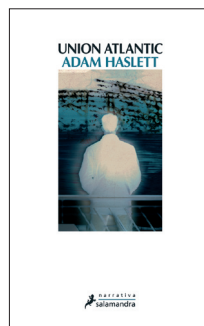
“Perro come perro”
Edward Bunker
SAJALÍN EDITORES

Bien, así están las cosas. Troy Cameron no quiere acabar en el depósito pero tampoco quiere que lo encierren. Sabe que si alguna vez hubo una época en que los ladrones caían bien, esa época es historia. Pero también sabe que un tipo como él, acostumbrado a dormir en el catre de una celda, no puede aspirar a tener una casa, en algún lugar soleado, con mujer y niños dentro, sin billetes robados. Por eso ha decidido dar el golpe. Un gran golpe. El problema es que se ha equivocado de esbirros. Porque no puede decirse que Gerald McCain, alias Mad Dog (literalmente Perro Loco), sea un buen chico. Y tampoco que Charles ‘Diesel’ Carson sea demasiado listo. Pero es lo que hay. Tampoco ayuda que se lleven como el perro y el gato y que lo único que tengan en común es una extraña adoración por Troy que viene de otro tiempo y otro lugar (el reformatorio, hace un millón de años). Pero así están las cosas. Y si hay que acabar como el gángster dandy Legs Diamond (sin la mitad de la cara, pero con unos zapatos carísimos de piel de canguro), se acaba. Y lo que empieza con el lustre de una carrera en Hollywood (el gran golpe consiste en hacerse pasar por polis y los chicos bordan el papel), acaba como la cara de Legs Diamond. La cuarta novela de Edward (Mister Blue) Bunker, el ex convicto que se metió a escritor (y que se sentía como un leopardo atrapado en un rebaño de gatos domésticos), es tan musculosamente enorme y adictiva que da miedo. Un ciclón narrativo del que sólo está a la altura, en su género, su fan número uno: James Ellroy. **Laura Fernández**



“Suomenlinna”
Javier Calvo
ALPHA DECAJ

La distancia más corta entre la Barcelona folletinesca del siglo XIX y la plasmación contemporánea del mito escandinavo se halla en la pluma de Javier Calvo, autor con ésta de dos, dos de las novelas más interesantes del año, títulos además tan diversos que casi cabe considerarlos opuestos; exuberante el universo gótico-steampunk de “Corona de flores” (Mondadori) y de corte mucho más contenido e intimista esta “Suomenlinna”, bautizada según la gélida isla del Báltico finlandés en la que una muchacha, Mirkka Rislakki, gestiona las ansiedades propias de la adolescencia y los desengaños derivados del amor a cualquier edad encerrándose en su habitación para visionar hasta la saciedad “The wicker man” (versión Edward Woodward; no, obviamente, Nicolas Cage), enrocándose junto a un grupo de inadaptados con vocación de banda de death metal y, de últimas, buscando su identidad en una zona gris entre el abrazo a los orgullosos dioses paganos que antaño poblaron el Norte europeo y el desprecio hacia los humildes inmigrantes que hoy día se buscan la vida sobre esas mismas nieves azotadas por la ventisca. Conjunto que Calvo, volvamos a él, presenta en diez secuencias contenidas, presididas por una voz narrativa con la lujuriosa personalidad marca de la casa, que en este caso suma capacidad de sugerencia al dejar puertas abiertas para que sea el lector quien remate la faena de un drama breve, dos veces bueno (esto es, notable alto), e insólitamente navideño. **Milo J. Krmpotic**



“Union Atlantic”
Adam Haslett
SALAMANDRA

Cómo extraer del dolor más profundo argumentos para seguir viviendo era la piedra de toque de los relatos “Aquí no eres un extraño”. Con ese debut, Adam Haslett, bajo el espectro de un padre que había sufrido trastornos mentales, revelaba un don para mostrar nuestra fragilidad y desamparo en toda su crudeza, dejándole lector unas sensaciones tan estremecedoras como contemplar el cuerpo de un recién nacido abandonado en la nieve. En su primera novela recorre el camino inverso: de lo conceptual, representado por las cifras y los algoritmos que hacen circular las finanzas internacionales, a lo sensible, esto es, al peaje emocional que esas decisiones tomadas frente a una pantalla y procesadas en bits tienen sobre todo el mundo, ya sea los verdugos (tiburones financieros) o las víctimas (el resto de desgraciados). Un refinado, inteligentísimo y culto homosexual de confesa hipersensibilidad y exacerbada capacidad empática, Haslett ha sido felicitado por conseguir con esta novela anticiparse a la crisis, pero su principal mérito quizás radique en haber enfocado su prodigiosa capacidad de análisis hacia la disección del Macho Alfa, a reflexionar sobre los brutales daños generados por la cultura del esteroide que representan las finanzas y el estamento militar. Cerebral, tendente a la digresión y al reconcentrado semántico, “Unión Atlantic” no es un dulce, pero su mensaje apunta tan al corazón de los principales debates de hoy y arrastra hacia ellos los enigmas eternos sobre nuestras mentes enfermas como para que el esfuerzo se devuelva con jugosos intereses. **Antonio Lozano**